

Enseres incómodos

Uncomfortable belongings

Eva Berenice Ramírez Velasco¹

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Pasante de la Lic. En Historia

Mientras la señorita Norma García escuchaba con una paciencia sobrehumana a la señora Hortensia Baños, a quien la exasperación le pintaba la frente y la nariz del mismo tono rojizo que se observaba en sus mejillas, lo que le hacía pensar que tenía en la cara dos enormes manzanas panocheras, como aquellas que se usan en la elaboración de los chiles en nogada, como trasfondo se escuchaba en la radio que la municipalidad organizó una función de cine, en la que se exhibiría la película *Macario*, a fin de recolectar fondos para la Beneficencia Pública. A pesar de su rápido tecleado, García apenas alcanzaba a seguir el compás de la denuncia de Doña Hortensia:

—¡Me han robado señorita! Una no es rica y me hiere la pérdida de unos objetos que tienen un gran valor sentimental. De buena fe se los di a mi prima Higinia, pues me inspira compasión su condición de loca. Le di la muñeca porque se comporta como una niña y el joyero para que se viera linda, pero es indignante que esa arribista de su media hermana, la cual nunca me ha dado un peso para la manutención de ella, se haya llevado la muñeca, el joyero y hasta la base de cama que le traje para que no tuviera que dormir con otra enferma.

Estas palabras mellaron en el ánimo de García, quien sabía que el sanatorio de San Roque, desde hacía un siglo, había sufrido constantes periodos de precariedad y que los administradores hacían malabares para estirar el dinero, pues deseaban que las mujeres no sufrieran a causa de la carencia de provisiones además de que procuraban la sanidad del edificio, pues anteriormente eran constantes las enfermedades respiratorias y

¹ Pasante de la licenciatura de Historia. Su línea de investigación es la historia de las instituciones de salud mental. Publicó el artículo “Un acercamiento a la historia del hospital de San Roque en Puebla” en la revista *Cuetlaxcoapan. Enfoque al patrimonio histórico*, número 23 [Disponible en <https://centrohistorico.pueblacapital.gob.mx/otraspublicaciones/nuestras-publicaciones/revistas>]. También presentó el trabajo “El estudio de la enfermedad mental en la ciudad de Puebla. La profesionalización de la psiquiatría en los siglos XIX y XX” en el *Segundo Encuentro Estatal de Jóvenes Investigadores* organizado por el Consejo de Ciencia y Tecnología del Estado de Puebla (CONCYTEP) [Disponible en <http://www.facebook.com/concytep.ciencia/videos/540299087305672>].



gastrointestinales que padecían las internas a causa de la cercanía del edificio con el río de San Francisco. Sin embargo, este pensamiento no era el que inquietaba a Norma, sino el que hubiera permitido la salida de una paciente con una persona diferente a la que había solicitado su ingreso. Su irritación aumentó cuando Hortensia enfatizó la condición de “bastarda” de Higinia.

—De antemano le pido una disculpa — manifestó Norma—, pero cuando mi compañera escuchó que el padre biológico de Higinia había muerto y tras revisar el estatus económico del familiar que se presentó, sobre todo después de un año de no recibir visitas, autorizó la baja de la paciente pensando que era lo mejor. Aquí tratamos de que estuviera bien atendida y la queremos —García hizo una pausa para enderezarse y tras realizar una fuerte inhalación, colocó sus brazos sobre los múltiples expedientes que aún tenía que revisar y mirando a Hortensia le preguntó—. ¿Usted quiere volver a internar a Higinia o se la llevará a su casa?

—Con todo respeto—dijo Hortensia—, no me eche la culpa de su negligencia —y mirando fijamente a Norma, mientras procedía a arreglar su humilde, pero en cierta forma elegante manera de vestir, tal como lo hacían muchas personas que visitaban los domingos a las internas, le manifestó—. Quiero que permanezca aquí. La quiero mucho, pero es complicado lidiar con ella. Es una niña encaprichada que tiraba la comida cuando no era de su agrado y apenas me descuidaba, se salía a la calle por lo que tenía que ir a buscarla. Muchos de los vecinos no la toleraban, pues les pedía que le regalaran dulces o regalos y si no cumplían con sus demandas, los insultaba o realizaba desfiguros vergonzosos. Además, debe tener en cuenta que tengo hijos que cuidar, pues la mayor ya está en edad de tener novio. No puedo estar yendo a la comisaría a cada rato para sacarla y, a causa de mi trabajo, no tengo tiempo para visitarla.

—Lo entiendo Doña Hortensia, aunque dígame ¿Cómo es que su hermana se enteró de que Higinia estaba aquí y por qué no quiere que se haga cargo de ella? No se preocupe, en cuanto llegue el inspector y la señora Ofelia se aclarará el asunto de las pertenencias.

—¡No es su hermana, es una media hermana! Le pido que no me la ponga enfrente porque me la voy a sonar. Esa mona se da muchos baños de pureza porque dice ser la legítima hija de don Miguel. A ella le caería de perlas que a mi prima la atropellara un



camión, pero no voy a permitir que sufra a manos de esa familia de hipócritas. Como le digo, quiero a mi prima y ella no tiene la culpa de ser una bastarda.

» Dicen que es pecado hablar mal de los muertos, pero mi difunta tía Chayo causó problemas desde chiquita. Yo me imagino que la locura de Higinia es un castigo de Dios, aunque no dudaría que esa familia de fariseos la hayan embrujado. Mi mamá decía que a mi tía le daban unos cintarazos por vaga y coqueta y cuando le dijeron que ya no trabajara con don Miguel, ella nomás nos dio la vuelta y no le importó que estuviera casado. ¿Qué quería que hiciéramos? Mi mamá no podía dejarla panzona y en la calle. La escondió de mi abuela hasta que murió. Mi abuelo no dijo nada porque ya estaba medio ido. También pensamos que de él heredó lo loca mi prima. Mi abuela batallaba con mi abuelo porque no reconocía a nadie y se la pasaba soltando manotazos. Ella sospechaba que lo habían embrujado con quién sabe qué cochinadas por andar de coscolino, pero sólo lo dejaron loco. Ya ve, los hombres son así y una es la que anda haciendo corajes. Mi tía tuvo a la bebé y se turbó. Le dieron unas fiebres muy altas, empezó a hablar sola y a escaparse— En ese momento Hortensia se quedó en silencio por un momento y el enojo se transformó en una paulatina tristeza. Fijó su vista en el pliegue que formaba su falda entre sus muslos y continuó:

—Higinia casi no conoció a su madre, en una de esas ocasiones en que se fugó de la casa ya no regresó. Fuimos a buscarla con los vecinos, a la comisaría y a la morgue sin tener resultados. No se nos ocurrió buscarla aquí, pero pensamos que su desaparición había sido provocada por esa familia vengativa. La esposa debió embrujarla y después la desaparecieron —Una lágrima corrió por la mejilla de Hortensia y se escuchó un sollozo que se ahogó en un pañuelito que guardaba en su bolsa de mimbre. Tras recuperar el aliento, Hortensia prosiguió su relato—. Higinia nunca ha sido mala, sólo es traviesa. Fíjese que una vez casi nos quema la casa porque estaba platicando con la veladora. Decía que en ella veía a su mamá y le andaba enseñando los juguetes que fabricaba con la paja que recogía del corral. Por eso es que creo que el robo fue una venganza de esa familia de hipócritas. Cuando fuimos a buscar a don Miguel para preguntarle por mi tía, sus parientes nos corrieron con cubetazos de agua. Tuvimos que pedir la intervención de la policía para que nos recibiera y tuvimos que presionarlo para que se comprometiera a ver por su hija.



A García no le sorprendía el relato de Hortensia y se limitó a mirarla de manera compasiva. Su pelo ligeramente cano y las líneas de expresión de sus ojos enmarcaban su belleza. Con un poco de vergüenza recordaba que en su juventud había hecho nudos con un listón rojo y volteado a San Antonio para pedirle que le hiciera el milagro de conseguirle un novio. Pese a sus peticiones, ella no se había casado. En su cavilación, recordó que en el antiguo reglamento del hospital se estipulaba que la rectora debía ser soltera para desempeñar mejor su labor, pero en ese momento la realidad se presentó ante sus ojos y se acordó que era una simple trabajadora social. A ella le daban gracia las actitudes infantiles de Higinia, las que, en cierta forma, le recordaban algunas actitudes de miembros de su familia a los que no se les catalogaba como “locos”. También pensaba que parte del carácter de Higinia y de otras mujeres que habitaban el sanatorio era causado por el natural envejecimiento y algunas enfermeras opinaban lo mismo, no así algunos médicos que asumían una actitud arrogante cuando objetaban sus ideas.

Todavía evocaba lo que dijo una enfermera cuando fue reprendida por causa de Higinia, quien se escabulló a la cocina y se comió todos los chocolates que había en la alacena. «¡Pinche doctor! Más enfermedad debería ser tener la cara de palo que tiene y todavía se desquita con una». Este recuerdo casi deja escapar una sonrisa en Norma. También sabía que las monjas enfermeras eran las únicas que no sufrían la severidad de los médicos, quizá intimidados por su amparo en lo divino. Sin embargo, a ellas, las enfermeras y trabajadoras sociales les tocaba lidiar con los pleitos en los internamientos, en las bajas, en las visitas o cuando se tenían que resolver cuestiones económicas, lo cual le recordaba una película llamada *La tercera palabra*² que había sido protagonizada por Pedro Infante. Sus cavilaciones fueron interrumpidas por Hortensia que continuaba con su locuaz peroración:

—Pero salvo por esos tres, los demás salimos normales. A mi hermana, la mayor, cuando se iba a casar, le preguntaron si no había locos o deformes en su familia. Dios sabe porque hace las cosas y nosotros no lo heredamos, supongo que por mi madre que hasta el final se mantuvo cuerda.

Estas palabras le trajeron nuevos recuerdos a Norma, pues cuando iniciaba su carrera tuvo que rellenar algunos espacios en los expedientes que se referían a la raza, aspecto del que leyó en algún momento de su juventud en un libro llamado *La Raza*

²Película de 1955 dirigida por Julián Soler en cuyo argumento destaca el hecho de que se solicita la presencia de un psiquiatra para desposeer al protagonista (Pedro Infante) de una herencia.



Cósmica que decía que el Estado conjuntaría a los mexicanos para crear una nueva y fuerte familia posrevolucionaria, aunque en el futuro no sería la raza sino la ideología la que lograría la unión.

Si bien es cierto que Higinia y otros desorientados habían sido seleccionados en la comisaria para ser atendidos, de acuerdo con las posibilidades del Hospital, no se podía negar que otros “sanos” o “insanos” eran desoídos o escasamente servidos y que era más sencillo reprimirlos paternalmente a macanazos. Mientras Norma seguía embebida en sus cavilaciones, Hortensia continuaba con su discurso:

—Hace casi un mes murió Don Miguel, lo supe por el moño negro que pusieron en la zapatería que tienen allá por el mercado de la Victoria. Sabiendo que él había reconocido a mi prima como hija natural, fui a buscar a un abogado para que viera si podíamos subirla a pensionista. No pasó ni una semana cuando vine a verla y me recibe la superiora diciéndome que ya la sacaron y que se la llevaron con sus cosas. De verdad que no entiendo cómo es que dejaron que eso pasara. Está bien que no pueda pagar más para que la cuiden, pero me cobran impuestos. Soy humilde pero los pago. Y lo que más me molesta es que a esa mujer, que se supone su marido es licenciado y le da una buena vida, quiera agandallarse la herencia que le toca a Higinia, llevándose de paso las pocas cosas que le di.

Dejando atrás sus pensamientos, Norma le respondió:

—Nuevamente me disculpo por esa situación señora. En los últimos meses ha habido un aumento en el número de asiladas debido al cierre del Manicomio de la ciudad de México y aunque hemos aumentado el personal, gracias al dinero que entregó el gobierno, este incidente ha sido extraordinario. El día que Higinia salió, mi compañera se fío del permiso del médico practicante y fue entregada por una de las madres. Cuando me enteré ya habían venido dos chalanos a llevarse la base de la cama y de inmediato la contacté a usted. Pero le pido que considere si ella no estaría mejor atendida con su media hermana.

Aunque debía ser objetiva, Norma pensaba que para Hortensia valía más el orgullo y la propiedad que la misma Higinia. A ella le causaba pena observar que las pacientes huérfanas no recibían visitas o, por lo menos, una carta que alegrara sus días en el



encierro. En ese momento se oyeron tacones que anunciaban la inminente llegada de la otra declarante.

—Buenas tardes ¿la señorita Norma García? —dijo la joven mujer mientras Hortensia torcía la boca, inspiraba con fuerza y trataba de mirar hacia otro lado para mostrar indiferencia o “dignidad” ante la ladrona de sus enseres.

—Usted debe ser Ofelia Bravo. No debe tardar el licenciado Meléndez.

Casi al mismo tiempo entró un hombre delgado, vestido de traje y lentes polarizados que con galantería saludó a Norma y a las señoras presentes.

—Buenas tardes, señoras y señorita. Como saben ustedes, estamos aquí para llegar a un acuerdo en beneficio de la enferma Higinia Bravo y resolver la problemática de su sustracción ilegal de esta institución.

—Y de unos muebles Licenciado —enfaticó Hortensia para luego dirigir otro gesto de desprecio hacia Ofelia.

—A propósito de ello, debo informarles señoras que la ley de patrimonio no contempla pleitos por bienes de menor valía como un juguete, un joyero y una base de cama. Usted disculpe señora Hortensia, pero lo que si debe considerarse es la herencia que el señor Miguel Bravo Pérez dejó para sus hijos, entre quienes están la señora Ofelia Bravo Manrique y la señorita Higinia Bravo Ojeda. Como hija natural del señor Bravo, la señorita Higinia tiene derecho a acceder al mismo porcentaje que los hijos legítimos del difunto, cantidad que será administrada por un tutor, según lo dispuesto por el juicio de interdicción que se inició al ingresar a la referida, el cual deberá mantener comunicación con la trabajadora social Norma García. También se ha estipulado que la señora Ofelia deberá pagar una multa por la sustracción ilegal de su media hermana.

En ese momento, Hortensia interrumpió el discurso para preguntar:

—Disculpe Licenciado ¿y mis cosas? Esos objetos no sólo tienen valor sentimental, sino que me costaron muchos sacrificios y esta secuestradora nunca ha dado una limosna para su parienta. Yo desconfío de su interés surgido a partir de que ella es heredera y temo que vaya a poner en peligro a una mujer enferma de la mente. Esto no puede suceder en una institución que pagan mis impuestos. ¿No hay sanción para quienes la entregaron a esta señora?



Norma recibió este ataque con serenidad, pero le producía cierto gozo saber que la justicia aplacaría la ambición de ambas parientes.

—Doña Hortensia —dijo Ofelia sin aires de superioridad—, me disculpo por haber sacado a mi hermana así, pero debe confiar de mi buena fe pues quise llevar a mi hermana a mi casa para brindarle las atenciones que, por su condición, le fueron negadas. Mi papá nunca se atrevió a llevarla a la casa y mi mamá siempre mostró su rechazo. Sentí pena al escuchar cómo fueron tratadas cuando la llevaron. Al morir mi padre y enterarme de su demanda tuve interés en buscarla. Me causó mucha pena saber que se encontraba abandonada en el manicomio y vine a recogerla. Ella misma fue quien quiso llevarse sus objetos, pues es una niña pequeña en un cuerpo de mujer. Sin embargo, aunque mis intenciones eran buenas, no puedo tenerla en casa porque a veces es tosca con mi hija pequeña, lo cual disgusta a mi marido. También habla sola frente a las veladoras y hace tres días prendió accidentalmente fuego a la base de cama. La criada y yo tuvimos que jalonearla para sacarla, porque en medio del fuego ella bailaba y reía diciendo que su mamá estaba contenta. Por estas razones la tendré que volver a internar, pero créame que ahora sí estaré pendiente de ella.

—¿Y dónde está ahora Higinia, Doña Ofelia? —preguntó Norma con un brillo en la mirada que insinuaba esperanza de una vida mejor para la susodicha. Mientras Hortensia batallaba internamente, como se notaba en su ceño fruncido y cabeza agachada, sobre si permitir que la familia que había causado dolor y vergüenza a los suyos, ahora debía participar del cuidado de Higinia.

—Está en la portería con mi marido y un empleado. Le aseguro que no ha sido maltratada. Ella me inspira ternura y mi hija la quiere. No vino porque su padre pensó que es un lugar muy triste para una niña. Como es glotona, de camino pasaré a Santa Clara por dulces para que esté tranquila.

—Pues no la vaya a mal educar. Los niños necesitan mano firme —interrumpió Hortensia resignada—. Voy a saludar a mi prima y como dice una placa del cementerio “aquí terminan las ambiciones humanas”. Como aquí se entierran a los vivos, mis ambiciones terminarán con las cenizas de los enseres.

Fin.